

seis señores á quien dió Xolotl los estados por la banda del Sur, y una de las cabeceras de Mamalihuasco. De este matrimonio tuvo un hijo llamado Huetzin, y habiendo ya muerto Tzontecomatl, y heredado Izmitl el señorío de Cohuatlican, dicen que siendo él niño todavía de poca edad, le llevó su padre á presentar al emperador, y pedirle alguna merced, en cumplimiento de la palabra que habia dado á su padre de atender á él y á sus sucesores en adelante.

Hallábase Xolotl á la sazón entretenido en hacer cercar un monte inmediato á Tezcoco y su laguna, y en la fábrica de un palacio y jardines de recreo, para cuya obra habia convocado cuatro provincias que fueron Tepepulco, Zempohualan, Tolantzinco y Tollan, y cada una habia concurrido con un gran número de operarios, y contribuido con gran cantidad de venados, conejos, liebres y otros animales que se habian metido en el cercado para que procreasen. Llegó pues Izmitl con su hijo, y lo presentó al emperador, haciéndole su petición en los términos mas humildes y reverentes, sin pedir cosa alguna en particular, dejando la merced á la liberalidad del emperador. Recibiólo este benignamente, y habiendo acariciado al niño, le hizo merced de la ciudad de Tepetlaostoc, situada al Oriente de Tenayocan (que hoy subsiste con el mismo nombre en una cortísima poblacion), y con ella un competente terreno en sus contornos, y despues fué uno de los señores mas lucidos. Por esta causa, y las guerras que despues referirémos, anotan con puntualidad su origen y el año en que se hizo esta donacion, que dicen haber sido señalado con el geroglífico de una caña, mas de setenta años despues de la venida de los últimos chichime-

cas tributarios, de que dimos razon en el capitulo IV, que segun las tablas corresponde al año de 1207.

CAPITULO VII.

Dase noticia del origen y principio de los señoríos de Tlazalán, Zacatlan y Tenamitec, casamientos de Tlotzin primogénito del príncipe Nopaltzin, y de los hijos del rey Aculhua de Azeaputzalco. Rebelion de Yacanex por los amores de Atotozli contra su señor Huetzin que le vence, y escapa la vida con la fuga.

Trece años despues de haber hecho el emperador la merced del señorío de Tepetlaostoc á Huetzin, en uno que dicen fué señalado con el geroglífico de un pedernal, que corresponde en las tablas al de 1220, asignan el principio y origen de otros tres ilustres señores, que son los de Tlazalán, Zacatlan y Tenamitec en esta manera. Le habian nacido al príncipe Nopaltzin en su matrimonio tres hijos. El primero, y heredero presuntivo de la corona, se llamaba Tlotzin Pocothl, el segundo Toxtequihuatzin, y el tercero Atencatzin, y fuera de matrimonio un hijo bastardo, llamado Tenancalczin, que despues fué tirano del imperio. Considerando pues que en el primogénito solo habia de recaer la corona, y deseando colocar á los otros dos correspondientemente á su esfera, determinó pedir al emperador su padre algunas tierras y vasallos, para cuyo efecto pasó personalmente á reconocer las ciudades de Zacatlan, y Tenamitec, para que siendo de la bondad

y circunstancias que le habian informado, pedir las á su padre para sus hijos.

Partió pues, y reconoció personalmente uno y otro territorio, que le pareció muy á propósito para su intento; y hallándose no muy léjos de Tepeyacac pasó á visitar á su ayo Mitlitac, á quien conservaba mucho amor y gratitud, y se restituyó á presencia del emperador, que se hallaba en sus bosques de Tezcoco. Hizole presente su deseo, y pidió para sus dos hijos menores aquellas ciudades y territorios. Concedióselos luego el emperador, haciéndoles merced de estos señoríos, con la misma franqueza y libertad de todo feudo ó tributo, con solo el reconocimiento del supremo dominio al imperio: pero no sufriendo su amor que los nietos menores quedasen desde luego colocados en aquellas dignidades y señoríos con vasallos y tributarios, y que el primogénito, por la expectativa á la sucesion del trono, hubiese de quedarse entretanto sin este honor ni distintivo alguno, determinó colocarlo en otro correspondiente señorío, en que mandase con igual libertad y soberanía, interin llegaba el caso de suceder en el trono imperial, y para que al mismo tiempo fuese aprendiendo el arte de mandar y gobernar, y actuado en ello en ménos esfera, á vista de su padre y abuelo, pudiese después gobernar con acierto la monarquía.

Con esta mira le hizo donacion de la ciudad de Tlazalan, y un competente número de poblaciones en su contorno, dándole el dominio y señorío sobre ellos y sus moradores, en la misma amplitud y libertad que á los otros dos nietos, y cediéndole enteramente todos los tributos y rentas que le pagaban de aquellos pueblos. Pero mandó que así él como sus hermanos pasasen per-

sonalmente á residir en las capitales de sus estados, gobernando los suyos el príncipe Tlotzin por sí mismo, respecto á tener ya edad suficiente para hacerlo, y que para los estados de los infantes nombrase su padre personas que los gobernasen por ellos, interin que llegaban á edad de hacerlo por sí mismos, respecto á sus pocos años, pero estando ellos presentes, porque su fin era que fuesen aprendiendo á mandar, é instruyéndose en las máximas necesarias del gobierno.

Pero hallándose ya el príncipe Tlotzin en proporcionada edad, quiso el emperador casarlo ántes que se separase del lado de su padre, y para esto eligió á una hija de Quahuatlalpal, uno de los seis señores de quien dejamos dicho que les dió estados hácia la banda del Sur. Llamábase esta Icpacxochitzin, hermosa, y de tan singulares prendas, que la hacian digna de la eleccion que de ella hizo el emperador para esposa de su nieto y sucesor en el trono. Envió á pedirla á su padre, destinando para ello á algunos de los principales señores de su corte, á quienes recibió Quahuatlalpal con muchas demostraciones de afecto y expresiones de gratitud á la honra que recibia de su señor, y obedeciendo al punto su real orden, entregó á la princesa para que la condujesen á la corte imperial. Así lo ejecutaron los caballeros comisionados, sirviéndola y obsequiándola en toda la jornada hasta la corte de Tenayocan, en donde luego que llegó se efectuó el matrimonio, con aquellos ritos y solemnidades que acostumbraban, que parece eran ya los mismos que usaban los toltecas.

Pasados algunos dias del desposorio partió el príncipe Tlotzin á tomar posesion de sus nuevos estados,

en donde fué recibido con sumo aplauso y regocijo de sus vasallos, y fijó su asiento y corte en la ciudad de Tlazalan, que era la mas numerosa poblacion. Al mismo tiempo marcharon tambien los infantes á sus estados, habiéndoles puesto su padre personas de talento, juicio y discrecion, que mandasen y gobernasen en su nombre, ínterin que la edad les permitia hacerlo por sí mismos.

En el año de 1231 determinó el emperador casar á sus nietos Aculhua y Acamapichtli, hijos del rey Aculhua de Azcaputzalco, que como dejamos dicho casó con la hija mayor de Xolotl. Para el primogénito, que era Aculhua, eligió á una hija de Iztaquauhtli uno de los seis señores que trajo consigo, á quien he dicho al capítulo V que le dió el señorío de Amazahuacan, pero no dicen el nombre de la señora: para el hijo segundo llamado Acamapichtli eligió á la hija mayor del rey Achitometl de Culhuacan, llamada Ilancueitl, y al mismo tiempo quiso que la hija segunda del mismo Achitometl llamada Atotoztli casase con Huetzin, señor de Tepetlaostoc, de quien hemos hablado arriba, nieto de Tzontecomatl, uno de los tres señores aculhuas, é hijo de Izmitl, quien por muerte del padre y abuelo habia heredado ya el señorío de Cohuatlican, para cuyo efecto mandó á su hijo el príncipe Nopaltzin, que personalmente pasase á tratar estos desposorios con los reyes Iztaquauhtli de Amazahuacan, y Achitometl su cuñado. Ejecutólo prontamente el príncipe, y el rey de Culhuacan condescendió gustoso en la voluntad del emperador, dándole á sus hijas para que se desposasen con dichos príncipes.

Era Atotoztli la menor, pero la mas celebrada

por su hermosura, y por tanto pretendida de otros príncipes y señores de lo mas ilustre del imperio, entre los cuales se mostraba el mas apasionado un caballero chichimeca, llamado Yacazozotl, ó Yacanex, que por ambos nombres era conocido, vasallo del mismo Huetzin, que vivia tambien en el mismo Cohuatlican, y era gobernador de Tepetlaostoc y otros seis pueblos de los mismos estados.

Todos los pretendientes callaron en vista de la determinacion del emperador, ménos Yacanex, que mas altivo, ó mas amante, no pudiendo sufrir ver enagenada á Atotoztli, ciego de sus zelos, sin atender ni al respeto que debia á su particular señor Huetzin, á cuyo tálamo le destinaba Xolotl, ni al de este supremo monarca, se arrojó á la temeridad de ir á pedírsela á su padre el rey de Culhuacan, y esto con tales circunstancias, que hicieron mas grave su delito; porque levantó una porcion de la gente de los pueblos que estaban á su comando, é hizo que armados le acompañasen á Culhuacan, donde habiéndose presentado al rey Achitometl, le pidió á su hija para esposa, con tal osadía, que mas que súplica parecia precepto, acompañada de amenazas, si no condescendia con su deseo.

Hallábase Achitometl desprevenido, pero no por esto faltó de ánimo y resolucion para responderle como debia. Díjole, pues, que el gran emperador Xolotl, á quien él y los demas reyes y señores de estas regiones veneraban por supremo monarca de toda la tierra, le habia pedido á su hija para el rey Huetzin su señor, y él la habia concedido, y que estando empeñada su palabra no podia faltar á ella: pero aunque esta no estuviese de por medio, y el respeto del emperador, nun-

ca daría á su hija á quien tan desatentamente venia á pedirla, mas en tono de amenaza, que de súplica; y que sin embargo de haberle cogido desarmado, no temia su furor, pues con sola la nobleza que le acompañaba en su corte, tenia bastante para contrastar su orgullo.

No se atrevió Yacanex á moverse, y despicando su enojo con palabras descomedidas, se salió con su tropa de Culhuacan, y retirándose á los pueblos de su gobierno, comenzó desde allí á tramar una sublevacion contra su señor Huetzin, no solo de los vasallos de sus estados, sino tambien convocando gente de otras provincias. Apenas salió de Culhuacan envió Achitometl á dar cuenta de todo al emperador, el cual sin pérdida de tiempo mandó llamar á Tochintzin, señor de Cohuacan, general de sus armas, cuya pericia y conducta tenia experimentada, y le mandó que levantando toda la gente que pudiese pasase prontamente á unirse con Paintzin, rey de Xaltocan (en cuyos dominios poco ántes habia sucedido por muerte de su padre Chiconquauh, uno de los tres Aculhuas), y marchasen sobre Yacanex y su tropa rebelada, avisando al mismo tiempo al rey Huetzin de Cohuatlican para que por su parte levantasen tropas, y saliese á unirse con ellos para castigar á este atrevido, cuya persona procurasen con todo empeño haber á las manos, vivo ó muerto, y encargándole que para con la tropa rebelada usasen de moderacion, porque fuese con la menor carnicería y efusion de sangre posible, atento á ser todos vasallos suyos, en cuya sangre no queria teñir sus manos, sin embargo del delito que cometian engañados sin duda por Yacanex.

Obedeció prontamente Tochintzin, y habiendo le-

vantado brevemente un gran número de tropas, pasó á unirse con el rey de Xaltocan, que estaba ya prevenido con numeroso ejército de sus otomies, y ambos pasaron á juntarse con el rey Huetzin, que tambien habia levantado un buen grueso de tropas de sus vasallos fieles, sin embargo de los muchos rebelados que se habian salido de sus poblaciones en seguimiento de Yacanex, que iba de una en otra provincia sublevando los pueblos, hasta juntar un numeroso ejército con que volvia ya sobre Cohuatlican á destruir al rey Huetzin su señor. Avisáronse los dos ejércitos, y vinieron luego á las manos con bastante ardor de ambas partes; pero cargados los rebeldes del número y valor de los imperiales, comenzaron á retirarse hasta que la noche puso fin al combate.

Al dia siguiente procuraron fortificarse los rebeldes en sitios ventajosos, desde donde salian á escaramusar, y se retiraban siempre con pérdida. Así se mantuvieron algunos dias, hasta que confiado Yacanex en algunos refuerzos que le habian llegado, determinó salir de sus trincheras, y presentar la batalla á los imperiales. Hallábanse estos acampados en los contornos de la ciudad de Xuexotla, y no deseaban otra cosa que el venir á una accion general; y así embistiéndose furiosos los unos á los otros, fué muy sangrienta y reñida la batalla, en que se señaló el rey Huetzin, metiéndose en lo mas vivo de la accion en busca de Yacanex, por si lograba tomar por sus manos la venganza de aquel atrevido vasallo; y no hallándole por uno ni otro lado, exponia por todas partes su persona con singular bizarría. Duró muchas horas el combate, hasta que comenzando á desmayar las tropas de Yacanex, huyó este, y tras él toda su gente desordenadamente,

dejando libre al vencedor el campo de batalla. Cumpliendo los generales la órden del emperador, procuraron seguir el alcance á Yacanex por diferentes rumbos, perdonando á la tropa, y dando la órden á las suyas de que á nadie hiciesen daño.

CAPITULO VIII.

Dase noticia de otra traicion intentada por Yacanex coligado con el capitan Ocotox, la que descubierta, se castiga; del valor con que se portó en esta ocasion el príncipe Quinantzin, á quien dió el emperador en premio la ciudad de Tezcoco, para que mandase en ella en calidad de rey; y de los otros premios que dió al general y reyes, que vencieron á Yacanex.

Entre tanto que esto pasaba en la campaña habia tramado el rebelde Yacanex otra secreta conjuracion que pudo ser mas perniciosa. Coligóse con un valeroso capitan chichimeca, llamado Ocotox, que estaba mal satisfecho del emperador, y quejoso del príncipe Nopaltzin, (no se dice la causa), y convinieron en quitar la vida al príncipe y á su primogénito Tlotzin, que tenia ya un hijo de nueve á diez años, llamado Quinantzin, y habia venido en su compañía de sus estados de Tlazalan á visitar á su padre que á la sazón se hallaba en los bosques de Tezcoco. Tenia Ocotox la entrada franca, y así se dispuso que cuando los príncipes estuviesen dentro divirtiéndose con solo los caballeros de su corte que les acompañaban, entrase Ocotox con la gente que tenia á su mando, y dando sobre los príncipes y su comitiva, los matasen á todos.

Dispuesta de este modo la traicion con gran sigilo, señalado el puesto en que habia de juntarse la gente, asignado el dia y la hora, llegó esta; y ya que se comenzaban á juntar uno de los mismos soldados de Ocotox, vasallo fiel, cuyo nombre era digno de haberse conservado en la historia, dió aviso de todo á los príncipes, que á la sazón se hallaban divirtiéndose en sus bosques. No pudo ménos que sorprenderles la noticia de un peligro tan inminente, en ocasion de hallarse enteramente desapercibidos; pero saliendo prontamente del bosque los señores de la comitiva de los príncipes, y con ellos el niño Quinantzin, cuyo bizarro aliento, comenzando á manifestarse desde sus tiernos años, no sufrió quedarse retirado á vista del peligro, y juntando brevemente la gente que pudieron, que la mayor parte era de la nobleza, se avanzaron así al lugar en que supieron que se estaban juntando los coligados, y echándose intrépidamente sobre ellos, hicieron tan horrible estrago que en su mayor parte quedaron muertos, siendo pocos los que escaparon con la fuga, y entre estos el capitan Ocotox, que tuvo buen cuidado de ponerse en salvo, y fué á juntarse con Yacanex, y ambos se metieron la tierra adentro, sin que las grandes diligencias que se hicieron para haberlos á las manos pudiesen tener efecto: despues en el reinado de Quinantzin dieron harto que hacer al imperio, como se dirá en su lugar.

Grande admiracion causó á todos la bizarra accion del niño Quinantzin, cuyo valor y ardimiento haciéndole meterse en lo mas vivo del combate, fué su brazo terror del enemigo; tanto mas admirable cuanto ménos correspondiente á sus tiernos años; y á propor-

cion de la admiracion fué el aplauso, pronosticando todos desde luego en aquel niño un heroé esclarecido, que habia de ver la gloria de su nacion, y el terror de sus enemigos. Volvió el belicoso niño á vista de su padre y abuelo cubriendo (1) gallardamente la victoriosa tropa que le habia acompañado, y cubierto él de polvo, teñidas las manos en sangre de los rebeldes, y oyendo los príncipes de boca de su tropa la singular bizzarria con que se habia portado en el ataque, no cesaban de abrazarle y acariciarle, y al punto determinaron pasar á la corte de Tenayocan á presentarle al emperador su bisabuelo y darle cuenta de todo el suceso. Llegados á presencia del emperador, le hicieron prolija relacion de todo lo acaecido, la que oida atentamente por el anciano monarca, lleno de regocijo prorrumpió en palabras y acciones, estrechando tiernamente en sus brazos al bisnieto, colmándole de aplausos y multiplicadas caricias, y en premio de accion tan señalada le hizo merced y donacion de la ciudad de Tezcoco, que ya por estos tiempos era una considerable poblacion, para que en ella y su contorno mandase en calidad de soberano, cediéndole las rentas con que sus moradores contribuian al imperio.

Los principios de esta famosa ciudad de Tezcoco, que despues fué capital del imperio, y corte de sus monarcas, y subsiste en nuestros dias todavía poblada de numeroso vecindario, seis leguas al Este de la ciudad de Méjico, son muy antiguos, porque fué ciudad numerosa en tiempo de los toltecas, llamada Catenihco.

(1) *Conduciendo* parece que debia decir; pero en ambos manuscritos se lee *cubriendo*, sin duda por equivocacion de los copiantes.—E.

Despues que vinieron los chichimecas y emprendió Xolotl la fábrica de los cercados, de bosques, palacios y jardines que hemos dicho en su inmediacion, hizo venir un gran número de gente de las cuatro provincias de Tepepulco, Zempohualan, Tolantzinco y Tollan, que con este motivo, comenzaron á formar allí su poblacion, y fué el principio de sus cuatro principales barrios: y como para este efecto se quedaban allí, y duró tantos años la obra, dieron á este lugar el nombre de *Tezcoco*, que significa *detencion*, que despues corrompida la voz llamaron *Tescoco* y *Tescuco*.

No habiendo podido dar alcance á Yacanex las tropas imperiales, recogieron sus gefes la gente, y los reyes de Xaltocan y Cohuatlican se retiraron con las suyas respectivas á sus cortes; mas el general Tochtintzin volvió á Tenayocan á dar cuenta de todo al emperador, que quedó muy gustoso y satisfecho de lo bien que se habian portado todos, y del próspero suceso de sus armas, y no pudiendo su magnánimo corazon dejar sin premio los buenos servicios, hizo merced á Tochtintzin de la dignidad de Tecuhtli, y al mismo tiempo mandó que casase con la infanta Tamiyauh, hija del rey de Xaltocan, dándole la ciudad de Huexotla, con los pueblos de su contorno, en cuyo territorio habia sido la última batalla, con lo que dejó tambien premiado al rey de Xaltocan. Mandó que inmediatamente se efectuasen los desposorios de el de Cohuatlican con la infanta Atotoztli, por quien tan bizarramente habia peleado, y todo se ejecutó puntualmente, quedando muy gustosos y agradecidos á la liberalidad y benignidad del monarca los reyes y el general, y Xolotl muy contento de haber dado tan presto fin á esta guerra, sin notable es-

trago de sus vasallos á quienes amaba tiernamente; y así mandó luego publicar un perdón general para todos aquellos que habían seguido el partido de Yacnex en la guerra y en la fuga, y que pudiesen libremente volver á establecerse en sus poblaciones, como efectivamente volvieron muchos y quedó por entonces todo sereno y tranquilo.

La dignidad de Tecuhtli de que Xolotl hizo merced á Tochtintzin en esta ocasion era un distintivo con que se decoraban hasta los mismos monarcas, y al tiempo del ingreso de los españoles tuvieron bastante noticia de ellos por el número de personas distinguidas á quienes daban el título de Tecuhtli, y así hablan de ella algunos escritores, entre los cuales el padre Torquemada trata de este dictado en varias partes de su obra. En el primer tomo (1) dice que este título se daba á los mayorazgos, que descendian de las casas principales.

En el tomo 2.º (2) dice que la dignidad ó dictado de Tecuhtli era en estos indios como la que nosotros tenemos de caballeros de las órdenes militares, y que era la mayor honra que entre ellos habia, y así les costaba grandísimo trabajo y excesivos gastos el obtenerla, y prosigue haciendo una prolija descripción de las ceremonias que usaban para entrar en esta orden de caballería, y los grandes gastos que erogaban. Esto segundo es lo cierto, y conforme á los manuscritos de los indios que he reconocido y tengo entre manos, y concuerda con ellos en la mayor parte su narrativa de las ceremonias y gastos de esta función.

(1) Monarquía Indiana tom. 7, lib. 3, cap. 17.

(2) Tom. 2, lib. 77, cap. 29.

Dicen pues nuestros historiadores indios contestes, que esta era una orden de caballería con que los soberanos premiaban las señaladas acciones de sus valientes soldados, pero en cuanto á su origen y principio están muy discordes entre sí. Las historias toltecas dicen que la instituyó el gran Topiltzin, último rey de los toltecas; pero no hallo en alguno de ellos que ni al mismo rey Topiltzin, ni á otros de los muchos señores y principales caballeros toltecas de que hasta aquí se há hecho mención, les den semejante dictado, ni tampoco nos refieren que tuviesen guerras algunas en que pudiera haberse señalado el valor de los soldados para merecer este premio. Las historias tlaxcaltecas atribuyen la institucion de esta caballería á los señores de su república, y esto tiene ménos fundamento; pues aunque por estos tiempos habia ya algunas poblaciones en el territorio de Tlaxcallan, ni se habia fundado esta capital, ni habia nacido todavía esta célebre república, ni habian tenido guérras algunas las que se habian vecindado en este territorio. Las historias chichimecas atribuyen esta institucion á los emperadores de aquel imperio septentrional de donde vino Xolotl y sus gentes; mas siendo su policía tan limitada, como ellos mismos nos declaran, no parece verosímil que lo fuesen ellos; fuera de que no se halla en todas sus historias que diesen el dictado de Tecuhtli ni á Xolotl, ni á algun otro de tantos y tan principales señores y capitanes que le acompañaban y vinieron despues en su demanda, como queda referido; de que se infiere que hasta entonces no era entre ellos conocida esta dignidad, y así me persuado á que fué Xolotl el fundador de esta caballería, y es muy verosímil y conforme á la política, libe-

ralidad y magnanimidad de este príncipe, que para tener con que premiar las bizarras acciones, y estimular á la nobleza á dedicarse al manejo de las armas instituyese esta caballería, tomando él por honor y como cabeza de ella el dictado de *gran chichimeca Tecuhtli* que usaron después constantemente todos sus sucesores añadiéndolo al nombre propio; y es muy regular que Tochintzin fuese uno de los primeros caballeros de esta orden, porque nos dicen que por estos tiempos no se concedía este honor sino á las personas reales de edad proveya, y á los grandes generales y soldados consumados en el arte de la guerra que hubiesen obtenido señaladas victorias; y según hemos visto por la historia, hasta los tiempos de que hablamos no se le habían ofrecido á Xolotl otras guerras que las de Nauhyotl, y esta de Yacanex, ambas concluidas en breve tiempo. En aquella mandó en jefe el ejército el príncipe Nopaltzin, y en esta el general Tochintzin, y los reyes de Xaltocan y Cohuatlican; con que no podía haber otros generales, soldados veteranos, fuera de estos, que hubiesen obtenido señaladas victorias, puesto que no había habido otras guerras.

Después en el discurso del tiempo fueron los emperadores abriendo mas la mano á estas mercedes, haciéndolas no solo á los que habían servido en la guerra, sino también á los que habían servido bien en la paz; esto es, á magistrados, gobernadores de provincias y ciudades, cobradores de tributos, y justicias particulares de los pueblos; y aun se extendió á los hijos y descendientes de los señores y nobles que aun no habían servido ni en paz ni en guerra y eran jóvenes de pocos años, con la esperanza de que, estimulados de este ho-

nor, servirían en adelante á imitación de sus mayores. También se extendió á los sacerdotes mas venerados y respetables. Y no solo eran los emperadores los que hacían estas mercedes en los tiempos posteriores, sino también el senado de Tlaxcallan, después que se gobernó por república libre, y los reyes de Méjico y Tlaxcopan; y el rey Montezuma segundo de Méjico, á quien hallaron reinando los españoles, había instituido otras tres órdenes de caballería, con ceremonias é insignias particulares á cada una, para premiar y al mismo tiempo estimular á la nobleza á dedicarse al servicio de la república, así en los empleos políticos, como en la carrera militar, de que daremos razon en su lugar.

CAPITULO IX.

Dicese lo que era la dignidad ó caballería de Tecuhtli, las ceremonias que practicaban los que la recibían, y sus preeminencias. Muerte del rey de Culhuacan Achitomeil, y del gran emperador Xolotl.

Antes de pasar adelante con la narrativa de nuestra historia, me ha parecido conveniente dar noticia en este lugar, como el mas propio para ello, de lo que era esta dignidad ó caballería de tecuhtlis, y las ceremonias con que se armaban caballeros; pues aunque es constante que estas no se pudieron haber establecido en estos tiempos, sino en los posteriores, no todas á un tiempo, sino sucesivamente, como quiera que desde este se habla ya de esta dignidad, y con este motivo nos refieren los historiadores las ceremonias de su recep-